

Los hijos son primero de Dios y en segundo lugar, y continuamente, fruto del amor de los esposos

iglesiaynuevaevangelizacion.blogspot.com

Juan Pablo II señalaba que es difícil comprender y vivir lo que es ser padre si uno no se esfuerza en ser buen hijo

Se dice que la modernidad tomó en serio el mito del hijo (*Perseo*) que, por la fuerza del destino, ha de matar al padre (*Acrisio*). Dejando ahora aparte sus innegables conquistas al servicio del hombre, la modernidad ha perdido su memoria y la conexión con sus raíces. Ha identificado al padre con la autoridad y a ésta con el poder del que quería librarse.

Al mismo tiempo ha quebrado la piedad (parte de la virtud de la religión) y las manifestaciones de respeto y cariño hacia los progenitores. Y ha terminado oponiéndose a la vida: no sólo dudando si vale la pena, sino incluso arrogándose el poder de suprimirla recién concebida o en cualquier otro momento si estorba, sobre todo la vida débil, disminuida o enferma, de modo particular en su etapa final.

Necesidad del padre

Pero los hijos necesitan valorar y querer a su padre, y que él los valore y los quiera; y cuando esto no se produce, surgen problemas afectivos. También el padre necesita comprenderse y mostrarse a sí mismo como padre. Y todo ello comienza para él, a su vez, cuando es niño —hijo— y va configurando su imagen de lo que es un padre.

El cine abunda, como tema principal o tema importante, en este recuperar la imagen o la figura del padre, en esta nostalgia del padre. Y esto en formas muy distintas. Los replicantes de *"Blade Runner"* (**R. Scott**, 1982) buscan desesperadamente a su creador; como sugerente metáfora de su semejanza con los hombres, buscan a un "padre", para reclamarle nada menos que la inmortalidad.

En *"Paris, Texas"* (**W. Wenders**, 1984) es el padre mismo quien intenta recuperar su identidad reconociendo a su hijo y devolviéndolo a la madre. La trilogía de **Kieslowski** (*"Tres colores"*: *"Azul"*, *"Blanco"* y *"Rojo"*, 1993 y 1994), refleja una idea de Dios más cercana al Juez del Antiguo Testamento que al Padre misericordioso del Evangelio, pero siempre desde la búsqueda espiritual.

A. Holland le hace decir a su *Beethoven* (*"Copying Beethoven"*, 2006): «*Mi padre era un animal y un borracho. Si Dios es mi padre, reniego de él*»; pero luego, en la novena sinfonía, el coro cantará: *"Hermanos, sobre la bóveda estrellada debe habitar un Padre amoroso"*. En *"El niño con el pijama a rayas"* (**M. Herman**, 2008), Bruno se introduce en el mundo de su amigo *Schmuel* para ayudarlo a encontrar a su padre y comparte su destino. Y así podríamos seguir.

La perspectiva cristiana ilumina poderosamente la realidad de la paternidad junto con la maternidad. El cristianismo es también una *"patro-logía"*: una teología del padre —que tiene entrañas de madre— y más aún, una profunda y plena vivencia de las relaciones paterno-filiales.

Para ser buen padre, hay que ser buen hijo

En su encíclica [Dives in misericordia](#) (1980), **Juan Pablo II** señalaba que es difícil comprender y vivir lo que es ser padre si uno no se esfuerza en ser buen hijo. Ya en 1964 compuso un poema sobre la paternidad, donde pone

en boca de **Adán** sus reflexiones: «*Siendo padre de tantos, tantos hombres, debo ser niño: cuanto más padre, más niño*». Adán descubre la necesidad de mirar a Cristo, porque en Él se revela el amor del Padre. Y ese amor se transforma, en Cristo, en el amor del esposo, que se entrega por la humanidad y cada persona, «*como amante por su amada*». Así en Cristo se manifiesta esa gran trilogía que ilumina toda paternidad humana (física o espiritual) y la eleva al nivel divino: padre, niño, amor.

Con otras palabras, para todo padre, lo prioritario es ser buen hijo de Dios. Y, desde ahí, lo siguiente es el amor a la esposa, renovado y demostrado cada día en lo grande y en lo pequeño. Los hijos son primero de Dios y en segundo lugar, y continuamente, fruto del amor de los esposos. Y todo esto tiene también su reflejo paralelo en el ámbito de la paternidad espiritual. **José de Nazaret** hizo las veces de padre de Jesús, y mostró de manera eminente cómo debe ser un padre.

Explicando el *Padrenuestro*, dirá **Joseph Ratzinger** en su libro "*Jesús de Nazaret*" (primera parte) que «*ser hijo no significa dependencia, sino permanecer en esa relación de amor que sustenta la existencia humana y le da sentido y grandeza*». Más adelante en la misma obra, a propósito de la parábola del hijo pródigo, retoma lo que significa volver al Padre y acoger su abrazo: «*El 'yugo' de este brazo no es un peso que debemos soportar, sino el regalo del amor que nos sostiene y nos convierte en hijos*».

Por otra parte —afirma en diversos lugares— sólo volviendo a Dios, nuestro Padre común, nos podemos volver a encontrar con nuestros hermanos. Volver al Padre es para los cristianos experimentar la alegría de la confesión sacramental. Y para todos está abierta su casa, la familia de Dios que es la Iglesia.

Ramiro Pellitero. Universidad de Navarra

Texto reproducido en el libro ["Al hilo de un pontificado: el gran 'sí' de Dios"](#)